

Juan Valjean clavaba en Marius unos ojos chispeantes y terribles. Él, que había concluido por no crearse ya capaz de un sentimiento malévolo, tenía instantes en que, cuando Marius se hallaba en su presencia, creía volver á sus instintos salvajes y feroces, y sentía abrirse de nuevo y sublevarse contra el jóven aquellas antiguas profundidades de su alma donde se habían concentrado en otro tiempo tantas iras. Casi le parecía que de nuevo se formaban en él cráteres desconocidos.

¡Cómo! ¡se hallaba allí, aquel ente! ¿á qué venía siempre á aquel sitio? ¡venía á hacer la rueda, á husmear, á examinar, á probar! venía á decir: ¡Vaya! ¿y por qué no? ¡venía á rondar al rededor de su vida, de la propia vida de Juan Valjean! ¡á rondar al rededor de su dicha, para llevársela y arrebatársela!

Juan Valjean añadía: — ¡Sí, eso es! ¿qué es lo que viene á buscar aquí? ¡una aventura! ¿qué es lo que quiere? ¡unos amorcillos! ¡Unos amorcillos! ¡y yo! ¡Cómo! yo habré sido primero el más miserable de los hombres, y después el más desgraciado, habré hecho sesenta años una vida sobre las rodillas, habré sufrido todo cuanto es posible sufrir, habré envejecido sin haber sido jóven, habré vivido sin familia, sin parientes, sin amigos, sin mujer, sin hijos, habré dejado parte de mi sangre sobre todas las piedras, sobre todos los recantones, sobre todas las matas y todos los espinos, á lo largo de todas las paredes, habré sidodulce y afable á pesar de haber sido el mundo tan duro para mí, habré sido bueno, bien que hayan sido tan malos conmigo, me habré vuelto hombre de bien á pesar de todo, me habré arrepentido del mal que he hecho y habré perdonado el mal que me han hecho á mí; y en el momento en que me veo recompensado, en el momento en que todo ha concluido, en el momento en que toco al fin, en el instante mismo en que poseo lo que yo tanto quiero, que es tan

bueno, tan agradable, que lo he pagado, que lo he ganado, todo esto se me irá, todo se desvanecerá, y yo perderé á Coseta, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque se le haya antojado á un majadero venir á hacer el moscon al Luxemburgo!

Y entónces sus pupilas se llenaban de una claridad lúgubre y extraordinaria. Aquello no era ya un hombre que mira á otro hombre; no era un enemigo que mira á otro enemigo. Era un perro de presa que mira á un ladrón.

Lo demás ya se sabe. Marius continuó siendo insensato. Un día siguió á Coseta á la calle del Oeste. Otro día habló al portero. El portero á su vez habló también, y dijo á Juan Valjean: — ¿Señor, quién vendrá á ser un jóven curioso que me ha preguntado por usted? — Al otro día fué cuando Juan Valjean lanzó á Marius aquella mirada de la cual se apercibió al fin el jóven. Ocho días después de este suceso, Juan Valjean había mudado de domicilio; jurando y perjurando entre sí que no volvería á poner los piés en el Luxemburgo, ni en la calle del Oeste. Volvióse pues á la calle de Plumet.

Coseta no se quejó, no dijo nada, no dirigió la menor pregunta, no trató de saber ni averiguar ningún motivo ó causa de tal determinación; hallábase ella ya en el período en que se teme el ser penetrada y hacerse traicion á sí misma. Juan Valjean no tenía ninguna experiencia de estas miserias, las únicas que son agradables y las únicas que él no conocía; esto hizo que él no comprendiera la grande significación del silencio de Coseta. Sólo notó que ella se puso triste, y él también se puso sombrío. Por una y otra parte, eran inexperiencias puestas en lucha.

Una vez hizo él un ensayo. Preguntó á Coseta: — ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo de luz iluminó de repente el pálido rostro de Coseta.

— Sí respondió la niña.

Y fueron en efecto. Tres meses habian ya transcurrido sin ir. Marius no iba ya á aquellos jardines. Marius no se dejó ver por allí aquel día.

Al siguiente, volvió Juan Valjean á preguntar á Coseta:

— ¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y ella respondió con voz dulce y triste:

— No.

Juan Valjean se sintió como herido por esta tristeza y enternecido por aquella dulzura.

¿Qué es lo que pasaba en aquel espíritu tan joven, y tan impenetrable ya? ¿Qué es lo que se hallaba allí en via de realizarse? ¿Qué sucedía en el alma de Coseta? Á veces, ántes de acostarse, Juan Valjean permanecía sentado junto á su camastro, con la cabeza apoyada en su mano, y pasaba noches enteras preguntándose: ¿Qué es lo que habrá en el pensamiento de Coseta? y pensando en las cosas en las cuales podía ella pensar.

¡Oh! en estos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas dirigía él hácia el claustro, aquella mansion de castidad, aquel lugar de ángeles, aquel inaccesible ventisquero de la virtud! ¡Con qué dulce y desesperado encanto contemplaba él aquel jardín del convento, lleno de ignoradas flores y de vírgenes encerradas, desde donde todos los perfumes y todas las almas se elevan en derechura hácia el cielo! ¡Cómo adoraba él aquel Eden que veía cerrado ya para siempre, donde habia locamente entrado y de donde habia salido voluntariamente! ¡Cómo sentía ahora su abnegacion y su demencia al haber devuelto al mundo á Coseta, pobre héroe del sacrificio, cogido, aterrado y abatido por su misma generosidad, por su desprendimiento y su abnegacion! cómo se decía:

¿Qué es lo que he hecho?

Por lo demas, nada de esto traslucía Coseta. Ni el mal humor ni la rudeza. Siempre la presentaba él el mismo semblante, lleno de serenidad y de bondad. Las maneras de Juan Valjean eran más tiernas y más paternales que nunca. Si algo hubiera podido hacer que se adivinase en él ménos alegría que de ordinario, era su mayor mansedumbre.

Coseta á su vez languidecía; se ponía pálida y triste. Sufria de la ausencia de Marius, como habia gozado de su presencia, singularmente, sin saber á lo justo de qué sufría ni de qué habia gozado. Cuando Juan Valjean habia dejado de conducirla á los paseos habituales, un instinto de mujer la habia murmurado confusamente, en el fondo de su corazón, que no convenia mostrar grande interes en ir al Luxemburgo, y que si el ir parecia ser para ella una cosa indiferente, su padre la volveria á llevar pronto. Pero transcurrieron días y semanas y meses. Juan Valjean habia aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Coseta. Ella lo sintió; pero ya era demasiado tarde. El día en que volvió al Luxemburgo, ya Marius no se hallaba allí. Marius habia, pues, desaparecido; era asunto terminado; ¿qué hacer? ¿le volveria ella á encontrar alguna vez? Sintióse angustiada por una opresion de corazón que nada podia dilatar, y que cada día iba en aumento; ya no sabia si se hallaba en invierno ó en verano, si llovía ó hacia sol, si las aves cantaban, si era la época de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era ó no preferible á las Tullerías, si la ropa blanca que traía la lavandera estaba demasiado almidonada ó si no lo estaba suficientemente, si Toussaint habia hecho buena ó mala compra en el mercado; y quedó así abatida, absorta, atenta á un solo pensamiento, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira por la noche

el sitio negro y profundo donde acaba de desvanecerse una aparición.

Por lo demás, tampoco ella dejó entrever nada á Juan Valjean, nada excepto su palidez. Siempre continuó también presentándole el mismo semblante, apacible y grato.

Pero aquella palidez era más que suficiente para preocupar á Juan Valjean. Á veces él la preguntaba :

— ¿Qué tienes?

Y ella respondía :

— No tengo nada.

Y después de un momento de silencio, como ella también notara que él estaba triste, añadía :

— ¿Y usted, padre, es que se siente usted mal?

— ¿Yo? no, decía el anciano.

Estos dos seres que se habían amado tan exclusivamente y con un amor tan tierno, que habían vivido tanto tiempo el uno para el otro, sufrían ahora uno al lado del otro, el uno por causa del otro sin decirselo, sin que-  
rerse mal, y sonriendo.

## VIII

## LA CADENA

El más desgraciado de los dos era Juan Valjean. La juventud, aún en medio de sus penas y dolores, tiene siempre una claridad delante de ella.

En ciertos momentos, Juan Valjean sufría tanto, que aparecía pueril. Es propio del dolor el hacer que reaparezca, sin dnda por efecto de la debilidad, el lado infantil del hombre. Conocía él invenciblemente que Coseta se le escapaba. Hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y deslumbradora. Estas ideas, pueriles, como acabamos de decirlo, y al mismo tiempo seniles, le dieron, por su misma puerilidad, una noción bastante justa de la influencia de la pasamanería en la imaginación de las jóvenes. En cierta ocasión le sucedió el ver pasar por la calle un general á caballo, de grande uniforme, el conde Costard, comandante general de París.

Tuvo él mucha envidia á aquel hombre tan dorado ; y dijo para sí : ; Qué dicha sería el poderse poner una casaca como esa ! y que era una cosa incontestable que si Coseta le viera vestido de aquel modo, no podría ménos de deslumbrarse ; y que cuando él diera el brazo á Coseta y pasaran por delante de la verja de las Tullerías, le presentarian las armas, lo cual bastaría á Coseta y la quitaría toda idea de mirar á los jóvenes.

Un sacudimiento inesperado vino á mezclarse con estos tristes pensamientos.

En la vida aislada que ellos hacían, y sobre todo, desde que habían ido á habitar en la calle de Plumet, tenían una costumbre. Solían hacer á veces la partida de recreo de ir á ver el levante del sol, género de placer, dulce y agradable, que conviene á los que entran en la vida y á los que salen de ella.

Pasear por la mañana temprano, para todo el que gusta de la soledad, equivale á pasear por la noche, con la alegría de la naturaleza por complemento. Las calles están desiertas y las aves cantan. Coseta, que era ella misma una de esas aves, gustaba de despertar y levantarse temprano. Estas excursiones matutinas se disponían la víspera. Él era quien proponía y ella aceptaba. Esto se arreglaba como un complot ; salían ántes de amanecer, y esto gustaba á Coseta extraordinariamente. Estas inocentes excentricidades agradan siempre á la juventud.

Sabido es ya que la inclinación de Juan Valjean era el ir á los parajes poco frecuentados, á las rinconadas solitarias, á los sitios olvidados. En aquella época había en las cercanías de las barreras de París unas especies de campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde crecía, en verano, un trigo bastante ruin, y que en el otoño, después de hecha la recolección, no tenían trazas de estar segados, sino pelados. Juan Valjean daba toda su predilección á

frecuentar aquellos campos. Tampoco se aburría allí Coseta. Era la soledad para él y la libertad para ella. Allí volvía ella á ser niña, podía correr y casi jugar ; se quitaba su gorro, le colocaba sobre las rodillas de Juan Valjean y recogía flores silvestres para hacer un ramo. Miraba con delicia las mariposas que posaban sobre las flores, pero no las cogía nunca ; la mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la jovencita que tiene en sí misma un ideal tembloroso y frágil, tiene compasión del ala de una mariposa. Se entretenía en trenzar guirnaldas de amapolas que se ponía en la cabeza, y que, penetradas é inundadas por el sol, purpuradas hasta el brillo de la llama, formaban para aquel semblante rosado una corona de ascuas.

Aún después de haberse entristecida la vida de entrambos, habían conservado su costumbre de los paseos matutinos.

Ahora bien, una mañana de Octubre, tentados por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habían salido, y se hallaban al amanecer junto á la barrera del Maine. No era la aurora, era el alba ; momento austero y encantador. Distingúanse algunas constelaciones acá y acullá en el pálido y profundo azul del firmamento ; la tierra estaba enteramente negra, el cielo enteramente blanco, un estremecimiento en la brizna de la yerba, por todas partes el pasmo misterioso del crepúsculo.

Una calandria, que parecía confundirse con las estrellas, cantaba á una altura prodigiosa ; diríase que aquel himno de la pequeñez al infinito calmaba la inmensidad. Por el lado del oriente, el Val-de-Grâce proyectaba su masa oscura en el horizonte matizado de una claridad de acero ; la deslumbradora Vénus subía detrás de aquella cúpula y se asemejaba á un alma que se evade de un edificio tenebroso.

Todo era allí paz y silencio; nadie había en la calzada: en las hondonadas laterales, alguno que otro obrero, apenas entrevisto, se dirigía á su trabajo.

Juan Valjean se había sentado en la calle lateral de la avenida sobre unos maderos que se hallaban tendidos á la puerta de una carpintería. Tenía la cara vuelta hácia el camino, y la espalda vuelta hácia la luz de levante; se había olvidado sin duda de que iba á salir el sol; hallábase sumergido en una de esas profundas cavilaciones en las cuales se concentra todo el espíritu, que hasta embargan y aprisionan la mirada, y que equivalen á una reclusion en cuatro paredes. Hay en efecto ciertas meditaciones que pudieran llamarse verticales; cuando se está en el fondo de ellas se necesita tiempo para volver sobre la tierra. Juan Valjean había descendido á uno de esos sueños. Estaba pensando en Coseta, en la dicha posible, si nada viniera á interponerse entre ella y él, en aquella luz con que ella inundaba su vida, luz que era la respiración de su alma. Casi era él dichoso en medio de aquellos sueños de dicha. Coseta, de pié junto á él, miraba cómo las nubes se iban cubriendo de color de rosa.

De improviso exclamó la niña: Padre, parece que viene alguien por allá léjos. Juan Valjean levantó los ojos.

Coseta tenía razón.

La calzada que conduce á la antigua barrera del Maine prolonga, como es sabido, la calle de Sèvres, y se halla cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el recodo de la calzada y del boulevard, en el mismo sitio en que se verifica el empalme, oíase cierto ruido difícil de explicar á aquellas horas, apareciendo allí como una especie de obstrucción ó de confuso hacinamiento. Alguna cosa abultada é informe, que provenía del boulevard, entraba en la calzada.

Íbase aquello agrandando en sus proporciones, y parecía

moverse con cierto órden mesurado; sin embargo, era corpulento y pavoroso; parecía ser un carro, pero no se podía distinguir su cargamento. Había caballos, ruedas, gritos; y de vez en cuando se oía el chasquido de algunos latigazos. Los lineamentos de aquel objeto fuéronse fijando al fin gradualmente, aunque ahogados en las tinieblas. Era, en efecto, un carro que acababa de dar vuelta del boulevard hácia el camino, y que se dirigía hácia la barrera junto á la cual se hallaba Juan Valjean; un segundo carro del mismo aspecto siguió al primero, un tercero venía en seguida, después un cuarto, hasta que fueron desfilando sucesivamente siete vehículos, en tal disposición que las cabezas de los caballos iban tocando á la parte posterior de los carros. Sobre estos carros se agitaban como unas sombras; distinguíanse ciertos reflejos de luz en el crepúsculo, como si hubiera allí sables desenvainados, oíase un débil repiqueteo como si se removieran unas cadenas; aquello iba avanzando, los voces se percibían cada vez más distintamente, y eran una cosa formidable, como las que salen de las cavernas de los sueños.

Segun que se iba aproximando, aquello adquiría una forma, y se bosquejaba detras de los árboles con la palidez de la aparición; aquella mole empezó á blanquear; la luz crepuscular que se levantaba poco á poco difundía un resplandor descolorido sobre aquel espectro hormigueante, á la vez sepulcral y viviente; las cabezas de las sombras aparecieron como rostros de cadáveres: hé aquí lo que era aquello:

Siete carros marchaban en hilera por la calzada. Los primeros tenían una estructura singular. Parecían carromatos de toneleros; eran como unas especies de escaleras largas colocadas sobre dos ruedas y formando parihuelas en su extremidad anterior. Cada carromato de estos, ó mejor dicho, cada escalera iba tirada por cuatro caballos de

cabo á cabo. Sobre aquellas escaleras iban arrastrados más bien que conducidos extraños grupos ó racimos de hombres. En medio de la escasa luz que aún habia, no se veían aquellos hombres, se los adivinaba. Veinticuatro iban en cada carro, doce á cada lado, respaldados unos en otros, vueltos de cara á los pasajeros, con las piernas colgando; así iban caminando estos hombres, llevando á la espalda una cosa que sonaba y que era una cadena, y en el cuello otra cosa que brillaba, y que era una argolla. Cada uno llevaba su argolla, pero la cadena era para todos; de modo que aquellos veinticuatro hombres, si tenían que bajar del carromato y que ponerse en marcha, se hallaban ligados por una especie de unidad inexorable y debían culebrear por el suelo, sirviéndoles de vértebra la cadena, asemejándose á un cientopiés todo aquel conjunto. Delante y detras de cada carro se hallaban dos hombres de pié, cada uno de los cuales pisaba una extremidad de la cadena. Las argollas eran cuadradas. El séptimo carro, vasto furgon con adrales, pero sin toldo, tenía cuatro ruedas y seis caballos, y conducía un sonoro monton de calderas de hierro, de marmitas del mismo metal, de hornillos y de cadenas, donde iban mezclados algunos hombres agarrotados y tendidos á la larga, que parecían enfermos. Aquel furgon, todo él á claraboya, estaba guarnecido de zarzós ó cañizos destrozados, que parecían haber servido á los antiguos suplicios.

Estos carros iban por el medio de la calzada. Á los dos lados marchaban en dos filas unos guardas de infame aspecto, cubiertos de tricornios aplanados como los de los soldados del Directorio, rotos, manchados, sórdidos, arrojados con uniformes de inválido y pantalones de sepulturero, mitad pardos mitad azules, casi andrajosos, con charreteras encarnadas, bandoleras amarillas, un sablecillo corto, fusiles y garrotes; especies de soldados-granujas.

Estos esbirros parecían compuestos de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que tenía frazas de sersujellevaba en la mano un látigo de postillon. Todos estos detalles, esfumados por la débil luz crepuscular, se iban diseñando, cada vez más, á medida que el alba aclaraba los objetos. Á la cabeza y á la cola del convoy, marchaban unos gendarmes á caballo, graves, y sable en mano.

Este cortejo era tan largo, que en el momento en que el primer carro llegaba á la barrera, el último desembocaba apenas del boulevard.

Una muchedumbre, salida no se sabe de dónde y formada en un abrir y cerrar de ojos, como sucede con frecuencia en París, se apresuraba compacta á los dos lados de la calzada é iba mirando, ávida de satisfacer la curiosidad. Oíanse en las callejuelas inmediatas gritos de gentes que se llamaban unas á otras, los zuecos de los hortelanos que acudían á ver lo que era aquello.

Los hombres así amontonados en los carromatos se dejaban traquear en silencio. Estaban lívidos y tiritando con el frío de la mañana. Todos llevaban pantalones de lienzo y sus piés desnudos calzaban unos zuecos. El resto del traje era según el capricho de la miseria. El conjunto de sus vestidos era de la más chocante y asquerosa disparidad; no hay cosa más fúnebre que el arlequin de los harapos. Sombreros desfongados, gorras embetunadas, horribles gorros de lana, y con el feísimo pantalon azul blanquizco del peon de albañil, un frac negro agujereado en los codos; algunos de ellos llevaban sombreros de mujer; á otros servía de tocado un cesto; veíanse pechos velludos, y al través de los desgarrones de la ropa, distinguíanse las marcas ó sellos formados en las carnes: templos del amor, corazones inflamados, Cupidos, etc. También se veían herpes, costras y barros malsanos. Dos ó tres de ellos tenían una cuerda de poja fija en los travesaños del carro, y suspen-

didá porbajo de ellos como un estribo, en la cual apoyaban los piés. Uno tenía en la mano y llevaba á la boca cierta cosa que ofrecía el aspecto como de una piedra negra, y u e parecía morder; era que comía un pedazo de pan. Allí no había sino ojos secos : apagados, ó encendidos con luz siniestra. La tropa de la escolta iba renegando, maldiciendo, echando votos y ternos, los encadenados no resollaban siquiera; de vez en cuando se oía el ruido de un garrotazo sacudido sobre las espaldas ó sobre las cabezas; algunos de aquellos hombres bostezaban; los andrajos eran terribles; los piés iban colgando, los hombros oscilaban, las cabezas chocaban unas contra otras, los hierros sonaban, las pupilas chispeaban con feroz aspecto; los puños se encogían ó se abrían inertes como las manos de un muerto; detras del cortejo, una bandada de muchachos iba riendo á carcajadas.

Aquella hilera de carros, fuese lo que quisiera, era lúgubre. Es evidente que, al otro día, ó una hora despues, podía caer un fuerte chaparrón, que á este podría seguirse un segundo y al segundo un tercero, y que aquellas ropas destrozadas serían fácilmente penetradas por el agua; que, una vez mojados, aquellos hombres no podrían enjugarse, que una vez helados, no se calentarian, que sus pantalones de hilo, ó más bien de algodón, se pegarían á sus carnes y á sus huesos por la acción del agua, la cual llenaría también sus zuecos, que los palos y los latigazos no podrían impedir el castañeteo de las mandíbulas, que la cadena continuaría siempre teniéndolos amarrados por el cuello que sus piés seguirían colgando; y era imposible dejar de estremecerse al ver aquellas criaturas humanas atadas de aquel modo y pasivas bajo los nublados frios del otoño, expuestas á la lluvia, al cierzo, á todas las intemperies y á todas las furias del viento, como árboles y como piedras.

Los garrotazos no perdonaban ni aún á los enfermos,

que yacían amarrados con cuerdas y sin movimiento en el séptimo carromato y que parecían haber sido arrojados allí como sacos llenos de miseria.

El sol apareció al fin, de un modo brusco; el inmenso rayo del oriente brotó de improviso, y diríase que ponía fuego á todas aquellas horribles cabezas. Las lenguas se desataron entónces; un incendio de risotadas, de burlas, de tacos, de juramentos y de canciones hizo explosion en el convoy. La ancha faja horizontal de luz cortó en dos toda la fila, iluminando las cabezas y los torsos, y dejando los piés y las ruedas en la oscuridad. Los pensamientos aparecieron en aquellos rostros; este momento fué espantoso; demonios visibles con las caretas quitadas, almas feroces enteramente desnudas. Aún despues de alumbrado, aquel corrillo infernal permaneció tenebroso. Algunos de ellos iban de buen humor, y se divertían, llevando en la boca cañones de pluma, en soplar piojos y otros insectos asquerosos sobre la muchedumbre que se aproximaba á los carros, prefiriendo á las mujeres; la aurora acentuaba por la oscuridad de las sombras aquellos perfiles lamentables; no había ni uno solo de aquellos seres que no fuese deforme á fuerza de miseria; y era aquello tan monstruoso, que parecía como que cambiaba la claridad del sol en resplandor de relámpago. La carretada que abría la marcha del fúnebre cortejo había entonado é iba salmodiando, con mucha tenacidad y con una jovialidad feroz, cierto baturrillo de Désaugiers, famoso en aquella época, *la Vestale*; los árboles temblaban lúgubrementé. En las avenidas que *costeaban* la calzada, veíanse unas carazas satisfechas de paisanos que escuchaban con un gozō verdaderamente idiota aquellas chocarrerías cantadas por espectros.

Todas las miserias se hallaban revueltas en aquel cortejo como en un cáos; había allí el ángulo facial de todas bestias, viejos, a adolescentes, cráneos despoblados, barbas gri-

ses, monstruosidades cínicas, impacientes resignaciones, rictus salvajes, actitudes insensatas, hocicos de puero cubiertos con gorras de personas, especies de cabezas de mozelas, con tirabuzones sobre las sienes, semblantes infantiles, y por lo mismo, horribles, rostros descarnados de esqueletos, á los cuales no faltaba más que la muerte. En el primer carro se veía un negro que tal vez había sido esclavo y podría comparar las cadenas. El espantoso nivel de abajo, la vergüenza, había pasado sobre aquellas frentes; en este grado de abatimiento, todos ellos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; y la ignorancia, cambiada en embrutecimiento, era igual á la inteligencia cambiada en desesperación. No había elección posible entre aquellos hombres que aparecían á las miradas como la flor y nata del cieno. Era evidente que el que había arreglado y dispuesto aquella inmunda procesion, quienquiera que él fuese, no los había clasificado. Aquellos séres habían sido atados y apareados confusamente, es probable con arreglo al desórden alfabético, y cargados á la ventura en los carromatos. Sin embargo, los horrores agrupados acaban siempre por dar una resultante; toda adición de desgraciados arroja un total; de cada cadena salía un alma comun, y cada carretada tenía su fisonomía particular. Al lado de la que cantaba, había otra que aullaba; una tercera mendigaba; veíase también otra que iba rechinando los dientes; otra amenazaba á los transeuntes; otra blasfemaba de Dios y de todos los santos; la última en fin iba silenciosa como una tumba. Dante habría creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha de las condenaciones hácia los suplicios, hecha siniestramente, no sobre el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino, cosa más sombría aún, sobre la carreta de las gemonías.

Uno de los guardas, que llevaba un gancho en la punta

de su garrote, hacia de vez en cuando como que escarbaba y removía aquel monton de inmundicias humanas. Una vieja entre la muchedumbre los señalaba con el dedo mostrándolos á un niño de cinco años, y diciéndole: *Mira, gran pícaro, eso te servirá de lección!*

Como los cantos y las blasfemias fuesen en aumento, el que parecía ser el capitán de la escolta hizo crujir su látigo, y á esta señal, una horrorosa tunda de palos, sorda y ciega, que imitaba el ruido del granizo, descargó sobre las siete carretadas; muchos de ellos se pusieron muy encarnados, echando espumarajos por la boca; lo que redoblaba el gozo y las risotadas de los pilluelos que habían acudido allí, como una nube de moscas sobre aquellas llagas.

Los ojos de Juan Valjean se habían puesto espantosos. Aquello no era ya una pupila; era un vidrio profundo que reemplaza á la mirada en ciertos infortunados, que parece no tener conciencia de la realidad, y donde brilla el reflejo de los terrores y de las catástrofes. Él no miraba un espectáculo, sino que sufría una vision. Quiso levantarse, huir, escapar; pero no pudo mover un pié. Á veces las cosas que vemos nos sobrecogen y nos retienen. Quedó clavado, petrificado, estúpido, preguntándose, en medio de una confusa é inexplicable agonía, lo que significaba aquella persecucion sepulcral, y de dónde salía aquel pandemonium que le perseguía. De improviso se llevó la mano á la frente, gesto habitual de todo aquel á quien viene súbitamente la memoria de alguna cosa, y se acordó de que aquel era en efecto el itinerario, que aquel rodeo solía hacerse para evitar los encuentros de las personas reales, encuentros que eran posibles siempre en el camino de Fontainebleau, y que, treinta y cinco años ántes, había él pasado por aquella barrera.

Aunque asustada por otro concepto, Coseta no lo estaba ménos que Juan Valjean. Ella no comprendía nada de



cuanto estaba viendo; faltábala el aliento; lo que tenía á su vista la parecía una cosa imposible; por fin exclamó:

— ¡Padre! ¿qué es eso que hay en esos carros?

Juan Valjean respondió:

— Presidarios.

— ¿Y adónde los llevan?

— Á galeras.

En este momento, cien manos levantaron los garrotes por alto, y con exceso de zelo, descargaron á la vez una lluvia de palos mezclados con sablazos de plano; era aquélla como una lluvia de golpes, de garrotazos y de latigazos desencadenada contra aquellos infelices; los galeotes se encorvaron, una obediencia horrorosa se desprendió del suplicio, y todos callaron con miradas de lobos encadenados. Coseta temblaba en todos sus miembros; y preguntó:

— ¿Padre, es que esos son todavía hombres?

— Algunas veces, dijo el miserable.

Era aquella, en efecto, la Cadena que, habiendo salido de Bicêtre antes de amanecer, tomaba la ruta del Mans para esquivar á Fontainebleau, donde á la sazón se hallaba el rey. Este rodeo hacía durar tres ó cuatro días más aquel espantoso viaje; pero con tal de evitar á la real persona la vista de un suplicio, se puede muy bien prolongarle.

Juan Valjean entró en casa abatidísimo. Encuentros de esta naturaleza son verdaderos choques, y la memoria que ellos dejan se parece á un estremecimiento.

Sin embargo, Juan Valjean, al retirarse con Coseta á la calle de Babilonia, no notó que ella le dirigió otras varias preguntas con respecto á lo que acababan de ver; tal vez se hallaba él demasiado absorto en sus reflexiones y en su propio abatimiento para prestar atención á aquellas palabras y para responder. Sólo que aquella noche, al tiempo de despedirse de él Coseta para irse á acostar la

oyó que decía á média voz y como hablando consigo misma: — Se me figura que si yo hallara en mi camino á uno de aquellos hombres, Dios mio, me moriría nada más que de verle junto á mi!

Afortunadamente la casualidad hizo que al otro día de este en que presenciaron tan trágica escena, hubo en París, con motivo de no se qué solemnidad oficial, grandes fiestas, revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, teatros en los Campos Eliseos, fuegos artificiales en el Arco de la Estrella, é iluminaciones en toda la ciudad. Haciendo violencia á sus hábitos, Juan Valjean condujo á Coseta á estas diversiones, á fin de distraerla de la memoria de la vispera, y de borrar, bajo el alegre tumulto de todo París, aquella cosa abominable que había pasado delante de ella. La revista, que sazónaba la fiesta, hacía muy natural la circulación de los uniformes; Juan Valjean se puso su casaca de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se refugia. Por lo demás, el objeto de este paseo pareció haberse conseguido. Coseta, que se hacía un deber de complacer á su padre, y para quien, por otra parte, todo espectáculo era nuevo, aceptó la distracción con la buena gracia fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo un gesto demasiado desdenoso en presencia de esa gamella de gozo que se llama una fiesta pública; en tales términos, que Juan Valjean pudo creer que había logrado completamente el fin que se propuso, y que no quedaba ya en ella ningún vestigio de la horrible visión.

Algunos días después, una mañana que hacía un sol hermoso y que ambos se hallaban en la escalera que bajaba al jardín, en virtud de otra infracción á las reglas que parecía haberse impuesto Juan Valjean, y á la costumbre de permanecer en su cuarto que la tristeza había hecho tomar á Coseta; vestida con un simple peinador, estaba la niña de

en ese traje de *négligé* propio de la primera hora que envuelve adorablemente á las jóvenes y que se asemeja á la nube sobre el astro; y con la cabeza inundada de luz solar, rosadas las mejillas de haber dormido bien, mirada con dulzura y con delicia por el buen hombre enternecido, se entretenía en deshojar una margarita. Coseta ignoraba la preciosa leyenda *me ama un poco, apasionadamente*, etc.; ¿quién se la había de haber enseñado? Manoseaba ella aquella flor, como por instinto, inocentemente, muy lejos de pensar que deshojar una margarita, es despedazar un corazón. Si existiera una cuarta Gracia llamada la Melancolía, y sonriendo, habría parecido ser ella esta Gracia. Juan Valjean estaba fascinado por la contemplación de aquellos delicados deditos sobre aquella flor, olvidándolo todo en el centelleo que aquella criatura enviaba á sus ojos. Un pitirojo gorjeaba entre las matas de al lado. Blancas nubes atravesaban el cielo tan alegremente, que se diría que acababan de ser puestas en libertad. Coseta proseguía deshojando su flor con la mayor atención; parecía como que tenía puesto el pensamiento en alguna otra cosa; pero que esta cosa debía de ser encantadora; cuando hé aquí que, de repente, volvió la cabeza sobre sus hombros con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean: Padre, ¿qué viene á ser eso de las galeras?

## LIBRO CUARTO

## SOCORRO DE ABAJO

PUEDE SER SOCORRO DE ARRIBA

## I

HERIDA POR FUERA, CURACION POR DENTRO

Su vida iba así oscureciéndose y entristeciéndose por grados.

Ya sólo les quedaba una distracción que en otro tiempo había sido para ellos una dicha, tal era la de ir á llevar pan á los que tenían hambre y ropas á los que tenían frío. En estas visitas á los pobres, en las cuales acompañaba generalmente Coseta á Juan Valjean, encontraban ellos de